

Kenneth Galbraith, John. **Naciones ricas, naciones pobres. Ensayos sobre la persuasión política y económica.** Barcelona, Editorial Ariel, 1986, 87 pp.

Libertad de empresa o propiedad colectiva de los medios de producción; economía de mercado o planificada; estatización o privatización, constituyen características específicas de los dos sistemas sociales imperantes en la actualidad: capitalismo y socialismo. Y, por supuesto, las dos potencias mundiales que hacen gala de un portentoso desarrollo económico representando respectivamente a dichos sistemas, son de todos conocidas: Estados Unidos y la Unión Soviética.

¿Qué repercusiones tiene el desarrollo de los países poderosos en los débiles? ¿Cuáles son las perspectivas más viables para el desarrollo de estos últimos? ¿Es posible hablar de coexistencia pacífica cuando la carrera armamentista ha llegado a límites preocupantes? Estas y otras interrogantes surgen de la lectura de este libro que, en pocas páginas, describe la situación de ambos polos: pobres y ricos.

John Kenneth Galbraith, con incisiva claridad, nos ofrece en sus ensayos adentrarnos en las relaciones políticas, económicas y militares, que los países que él llama "ricos" han entablado con los "pobres", a fin de coexistir de la mejor manera posible, estableciendo el pretendido argumento de la "ayuda" a estos últimos que, sin embargo, ha hecho dudar de los verdaderos intereses de los primeros.

Los ensayos que Galbraith presenta — escritos en 1983 y publicados en español hasta este año — merecen ser atendidos por dos razones: primera, porque se trata de problemas actuales que afectan no sólo al posible desarrollo de los países pobres, sino — segunda — por el estancamiento que pudieran tener los países ricos luego de no encontrar la manera de extraer y/o destinar recursos a aquéllos. Sabido es que los altos niveles de vida que imperan en los países ricos se deben en gran parte a la plusvalía que se extrae de los países pobres. No es éste un fenómeno desconocido.

En su primer ensayo, "Las exigencias del proceso histórico", el autor examina los defectos en el asesoramiento en materia económica por parte de los países ricos. La lógica de desarrollo dictada en los últimos tiempos indica que todo puede ser posible luego de la inversión industrial y agrícola, es decir, la tecnificación de la sociedad. Sin embargo — y esto es lo encomiable en Galbraith, que con sus planteamientos hace recordar a la antigua sociedad griega — sostiene firmemente que "La educación no es un bien que el desarrollo económico produce; las viejas naciones industriales saben por su experiencia que es la educación lo que permite el desarrollo económico."

El traslado de la lucha por la supremacía en el mundo hacia los países pobres, es evidente. Cada potencia tiene sus áreas de influencia política y económica. En los países pobres se da una pugna entre diversos sectores por defender un determinado sistema social, pero ello implica un maniqueísmo al que se nos ha arrojado y que no se ha podido erradicar de nuestras naciones. El transportar modelos de cualquier índole a otros países — sobre todo a los pobres —, implica un error histórico: cada país tiene recursos para crear, de acuerdo a sus necesidades, un modelo de desarrollo propio que implique la participación de los integrantes de dicho país pero siempre atendiendo al progreso y al cambio y no a la reacción. Galbraith, en este segundo ensayo, quiere dar a entender lo anterior, y argumenta que ya ha terminado la era del imperialismo, tanto moderno como antiguo, y que "Los países ricos pueden coexistir amistosamente asociados a los pobres, ayudándoles." Frase romántica

ésta que manifiesta la superioridad que aún sienten — y tienen — los países ricos, en cuanto a poderío económico y militar

El nexo militar entre los países ricos y pobres es un tema que ha sido abordado en reiteradas ocasiones, e insistentemente por grupos pacifistas. Los excesivos gastos destinados al armamento en los países ricos es condenable desde cualquier punto de vista, pero más aún cuando ese armamento se destina a países pobres que se debaten día a día entre la muerte y la superación de problemas como el hambre, la salud y la educación. Quien se precie de tener conciencia, sabrá que la carrera armamentista entablada por Estados Unidos y la Unión Soviética, como indicador de la Guerra Fría, constituye la vía más rápida de exterminio de los miles de años que ha costado a la humanidad arribar a una etapa de desarrollo dentro de la espiral histórica.

En su último ensayo, Galbraith manifiesta la preponderancia de su país en todos los ámbitos, resaltando el económico. Estados Unidos, como el representante más palpable del expansionismo capitalista, ha extendido a todo el mundo su proceso histórico y económico; su moneda, incluso su idioma y costumbres, a grado tal que el propio autor, luego de proponer que su país debiera poner más énfasis en la política fiscal y menos en la monetaria, mantiene que "La adopción de una política de precios y salarios en Estados Unidos será un punto de inflexión esencial en las perspectivas económicas en el mundo..." O, en otras palabras, "...gran parte del destino económico del mundo radica no en las capitales locales, sino en lo que se hace en Washington..."

Muestras elocuentes las anteriores de la filosofía estadounidense de expresar signos de superioridad ante los países llamados pobres, cuando debiera aceptar aquella que sin estos últimos no sería lo suficientemente poderosa para el sometimiento de otros pueblos, e incluso debería aceptar que su situación depende de los cambios que se experimenten en los países pobres.

En cuanto a la división entre países pobres y ricos, inteligentemente explicada en su capítulo I, "Acerca de la riqueza y la sabiduría", es una categorización que carece de ciertos elementos. Ya Don Pablo González Casanova, en 1967, en su libro *Las categorías del desarrollo económico*, editado por la UNAM, hablaba de cuatro categorías primitivas o elementales: la riqueza, el poder, la conciencia o los valores y la explotación, de acuerdo con las principales corrientes de pensamiento. Al mismo tiempo cumplen el doble papel de categorías cuando distinguen unidades de datos (ricos-pobres, poderosos-débiles, buenos-malos, explotadores-explotados), y en variables, cuando a los conceptos se les asignan valores.

Con base en ello, la distinción de Galbraith puede ser maniqueísta, al muy particular estilo de un país poderoso; sin embargo, la claridad de sus conceptos y consejos que da, según él, a su gobierno en cuanto a políticas fiscal, monetaria y de salarios, así como de armamentos y de asistencia de todo tipo a los países pobres, es digna

de tomarse en cuenta no sólo por la envergadura del tema tan actual y trascendente, sino por el interés que despierta en el lector que, sobre todo si es de un país pobre, no quiere perder detalle de la posición de un autor estadounidense con trayectoria política en su gobierno, para así tener elementos suficientes de crítica y aventurar juicios sobre los cambios y repercusiones que sufre el mundo moderno.

De ser así, se cumpliría lo que Galbraith apunta, y apunta bien, como colofón del libro: "Los libros pueden señalar el camino; las cosas ocurren cuando los lectores se unen a la marcha."

*David Torres G.*